

to de desplegar con relámpagos y truenos. Prusia, despierta, libre y boyante. Los Reyezuelos del Rin, por tierra, desechos y miserables.

La veleta titulada de la fortuna colocada sobre la torre de las Tullerías de París señala fuertísimos vientos del norte, y del medio día, y la inmediata muerte del liberalismo.

Las Américas retorno del orden, de las riquezas, y de la justicia. Los mares, calma, libertad y comercio por todo el mundo no jacobino.

Estado de un rey no filósofo.

Abundancia suma: de sarna y miseria. Felicidad del pueblo; ni come, ni bebe, ni viste. Libertad absoluta: de hacer cuanto se antoje á los mandones, y de atar á los demás. Igualdad perfecta: los ricos pobres, y éstos pobrísimos.

Ventas judiciales.

Acaban el insigne Lord Castaños, Giron, etc. de represar en Vitoria caballos, mulos, y carros llenos de cálices, cruces, incensarios, barras de plata y oro, y otros muebles de rapiña. Había también diplomas de títulos de mariscales, duques, condes y príncipes de estados, y provincias que están en los cuernos de la luna. Véndense en pública almoneda en la aduana de Vitoria. Si llegan á venderse en la de Palma, lo avisaremos al público.

Aviso. Véndense las dos primeras plazas del ministerio de estado de José-pillo, que por la escapatoria de O-farril, y de Urquijo, cuyo paradeo ignoramos, están vacantes.

Pérdidas.

Se ha perdido en España el título de Omnipotente expedido por Balcebup á favor de un muchachuelo corzo, que por revoltoso fué sacado de los infiernos. Ha andado por el mundo dando porrazos, llamándose emperador y rey. Fué coronado en Moscou, y á su regreso se ha puesto en agonías por la intemperie de aquel sitio, y por la salva de los Rusos. También se han perdido en España, en los campos de Baylén, Salamanca, Vitoria, Cataluña, Valencia, y de infinitas otras partes, el honor y vigor gabacho.

Así mismo se ha extraviado, pero no de los bufetes, de los periodistas de Cadiz, y de Palma, unas preciosas obras llenas de estas expresiones: *libertad, igualdad, reforma, fanatismo, superstición etc.*

Sirvientes.

El señor rey ha quedado sin vasallos, tierra y corona, como el hombre del milagro, y los reyes *in partibus*. Un Duque de nuevo cuño (el de las Albuferas, alias, Suchet) con sus compañeros, Arispe, Gazan, etc. han quedado sin títulos, y temen que alguna sorpresa los deje sin dinero y rapiñas. También van á quedar sin mando Henriot, Lamarque, Mathieu, Bartoletti, etc.. Solicitan por esto colocarse de procuradores, peluqueros, danzarines, saltimbanquis, sacamuelas, pages, lacayos, cocheros, contrabandistas, ladrones, asesinos, en cualquier puesto. Si no los abonan los señores liberales, no tienen quien les abone, no obstante aseguran su aptitud, y ejercicio de dichas sus habilidades.

Nodrizas.

María España, que lo era antes de madame Francia, la cual le chupaba hasta el muelle de sus huesos, no lo es, ni lo será más.

Toros.

El alumbrado, fuegos artificiales, y toros que han desaparecido de Palma en este presente año, van parecer este verano en el torin de Pamplona, Tarragona, etc. Su corrida será más lucida que la de Baylen, Salamanca, Vitoria, Valencia, etc. Todos los toreros á las órdenes del Lord no usarán de armas ofensivas, ni defensivas; solo si del acero, plomo, hierro, fuego, granadas y otras frutas del país. El producto queda destinado para una obra de caridad, la redención de Europa.

Teatros.

En el gran teatro del mundo se representa la

última parte de la tragedia titulada: el segundo Luzbel Bonaparte, con muchas mutaciones de teatro, vistosisimas decoraciones, y tramoyas nunca vistas. El mismo curso hace el papel de primer galán, su hermano el de prisionero, Sault de gracioso, Suchet de polizón, Decaen de ladrón Arispe de arlequín, Tayllerant de consuetá, etc. Habrá además dos operetas traducidas del italiano: la primera: *peor que Nerón*; y la segunda la *sombra de Satanás*. Seguirá el famoso saynete: *fuisteis por lana y volvisteis trasquilados, ó los gabachos en la ratonera*. Concluirá la función el *bolero zapateado*, que con la mayor soltura bailarán la valenciana, navarra, catalana, etc. Su entrada y salida por las puertas. Su producto para ustedes.

Embarcaciones.

Ayer ni por mar ni por tierra ninguna vino. El jueves próximo salen de este puerto algunas, que traen fusiles, palos, mochilas y uniformes para los liberales.

Colaboración inédita.

DESPEDIDA.

Los mecheros de gas, muy distanciados unos de otros, daban una luz insegura y triste al arder, y los viajeros, escasos del tren de lujo, se apresuraban á entrar en los vagones, huyendo de la humedad del ambiente y afañosos por ganar un buen sitio.

Nada del bullicio, las carreras y las voces que suelen preceder á la partida.

Diríase que las gentes recataban el paso y economizaban las palabras, y para fundir más aun en un solo tono, oscuro y mate, los ruidos, la lluvia menuda é insistente golpeaba con rumor apagado los cristales del techo.

¡Extraña conformidad de las cosas y del espíritu!

Gabriel no se daba cuenta de ella, pero sentía su influencia que le anublaba más y más el estado *gris* de su alma.

De pié ante la portezuela del coche berlina y al lado de la mujer á quien adoraba, sentíase el joven íntimamente emocionado con grave peso en el corazón y exaltado desvarío en la cabeza. Carácter melancólico y reconcentrado el suyo, retraído del mundo juntamente por naturaleza y por modestia de fortuna, todas sus energías vírgenes, todos sus sueños de muchacho, todo el lado efectivo de su actividad se había expresado de una vez al contacto de la primera amistad femenina digna de despertar los anhelos y los amores de una juventud que aun tenía ideal y conservaba puro el cariño. Así aquella mujer era para él, no solo su amor, sino la vida entera en lo más dorado, alegre y poético de su período de ilusiones.

Ante la gravedad del peligro—una separación larga quizás ¿quién sabe?—terna—él, tan respetuoso, tan comedido para su dulce amiga, se había decidido á entrar; y ahora, en el supremo y último instante, repetía toda su confesión atolondrado y balbuciente, en su inocencia real de las cosas de la vida que no había conseguido aprender—aunque dijo por algún tiempo que sí—ni en las novelas psicológicas, ni en los libros doctrinales más serios y profundos.

Después de haber puesto toda su elocuencia en la expresión del cariño que le embargaba ahogándole casi la voz quedó silencioso, con un vago temor en la mirada, estremecido de haber dicho cosas tan graves y cuidadoso por el gesto sereno y triste con que había sido escuchado. Suspiró la mujer levemente y levantó hasta él sus ojos azules, dulces é inquisitivos. Cubierta por el velo blanco que bajaba del sombrerito de viaje, aquella cosa de niña donde los años no habían marcado sello alguno visible, parecía rodeada de un limbo de luz tenue al través del cual los labios pequeños y finos, solo formaban una línea vaga y esfumada sin contorno.

Al cabo de larga pausa murmuró Gabriel.

—Hable V. por Dios. Creo que de lo que hoy digamos depende toda nuestra vida futura y V. es quien ha de fijar mi destino.

—¿Porqué? dijo ella con suave acento. No tengo yo derecho á fijar su vida de V., es V. mismo quien ha de hacerlo.

—Yo, yo solo! —exclamó Gabriel dolorosamente. Acaso puedo estar ya solo nunca?

—No digo eso. —Todos vivimos en sociedad ideal con las personas á quienes nos une al efecto, y con el recuerdo y la influencia de ellas nos nutrimos y formamos; pero ligarnos á una que á la vez no pueda ligarse, es desvarío; y consintirlo una mala acción.

—Aún amándose?

Vaciló la dama y por un momento se colorearon sus mejillas; pero enseguida contestó como quien sentencia.

—Aún amándose?

—A su vez quedó cortado el joven iulábil en la lucha de discreción y estímulo que impone el trato con los hombres, no sabía más que decir sinceramente su pensamiento espontáneo haciéndose traición á cada instante.

—Bien, dijo por fin. No hablemos de atar vida á vida. No pretendo eso. Me resigno á que se vaya V. sin decir sobre esa relación lo más esencial para mí...

—No la veré á V. más: No embarazaré su camino, no me obligaré á nada. Pero necesito saber una cosa que será como la promesa de un ideal que llenará mi alma, aunque como todos los ideales, no lo alcance jamás.

Volvió ella á mirarlo, gozándose en aquella adoración entusiasta del joven, en aquella súplica más ardiente que mil juramentos amorosos; é iba á contestar, cuando la detuvo el grito de los mozos de estación.

—¡Señores viajeros, al tren!

Y al propio tiempo asomó por la ventanilla del coche una cabecita rubia de pelo enserijado, que llamó con afán:

—María sube, sube!

Con un gesto indicó la dama al joven la dificultad que para la conversación representaba la presencia del niño; y como si se amparase de ella, escudándose para no contestar, alargó la mano pequeña y fina á Gabriel, y dijo con voz insegura:

—Adios!

Quedó el mozo dolorosamente sorprendido por aquel brusco corte de la dulce intimidad que creía haber promovido y no supo insistir, sobrecogido también por cierto temor de aparecer, á los ojos de la mujer amada, ridículo ó impertinente. Retuvo un instante la mano enguantada sin atreverse siquiera á estrechar el contacto; pero cuando notó un ligero movimiento que la dama hacía para desacerla la llevó á los labios, inclinándose, y besó en el puño sobre la carne en el espacio libre que el guante dejaba.

Luego la vió subir, desaparecer en el coche y volver á mostrarse en la ventanilla, al lado de la cabecita rubia, cuyos cabellos acarició suavemente.

—¿Escribirá V. alguna vez? preguntó mirándolo de una manera fija, como una buena amiga que no quiere dejar tras sí disgustos ó tristezas.

—Escribiré, dijo él, y añadió enseguida:—Mas ¿para qué?

Sonrió la dama y se animaron sus ojos reflejando algo más que la nota simpática de las amistades. No contestó sin embargo á la reflexión de Gabriel; pero para éste, la mirada suplió al acento. Otra vez sintió la idea de la esperanza que le invadía el corazón; y aguardó impaciente, á que se expresara toda la promesa, comprendió por instinto que las palabras que iban á seguir serían declaraciones simbólicas del pensamiento íntimo, y por lógica asociación de ideas, recordó la frase en que Dumas advierte que solo en las últimas líneas de las cartas que escriben, dejan escapar las mujeres su verdadero estado de ánimo.